

Las palabras que dicen murmuró al morir : *Fuori i barbari*, fueron la mira de su política.

CAPITULO III

LEÓN X

Datos biográficos

Juan de Médicis, nacido en Florencia el 11 de diciembre de 1475, era hijo del duque Lorenzo de Médicis.

Su padre lo destinó desde su primera infancia a la carrera sacerdotal, dándole por maestros a los hombres más ilustres que había en Florencia. A los 7 años recibió la tonsura y en mayo de 1483 el rey de Francia, Luis XI, le hizo merced de la abadía de Fontdouce. El papa declaró al niño apto para recibir las insignias; el 9 de marzo de 1489 el papa promovió al cardenalato al joven Juan de Médicis, que sólo contaba 13 años de edad; pero recién a los 16 recibió las investiduras.

Habiendo acaecido el fallecimiento de su padre, Juan de Médicis tuvo que huir de Florencia, a causa de un motín, en compañía de toda su familia.

En 1506, Julio II le nombra delegado pontificio en Bolo-
nia. Encargado de expulsar a los franceses, es vencido en la batalla de Rávena, cayendo prisionero y siendo rescatado por los campesinos lombardos. Habiendo fallecido Julio II, fué elegido papa por el conclave reunido el 4 de marzo de 1513, tomando el nombre de León X.

Fallece León X el 1º de diciembre de 1521.

Elección de León X

Había terminado el gran pontificado de Julio II.

El Sacro Colegio se componía a la sazón de 31 miembros, de los cuales una veintena solamente se encontraban presentes en Roma.

Veinticinco cardenales podían tomar parte en la elección, de los que 19 eran italianos, 2 españoles y los 4 restantes pertenecían a Francia, Suiza, Hungría e Inglaterra (1).

En vida de Julio II, las discusiones sobre la elección de su sucesor habían comenzado.

A primera vista las mayores probabilidades eran para los más pudientes y ricos, es decir, para el cardenal Rafael Riario, Bakocz y Grimiani, después Fuschi, pero solamente en el caso en que fueran puestos en práctica medios ilícitos, como ser la compra de electores por dinero u otros beneficios. Sin embargo existía una bula de Julio II, de la cual nos hemos ocupado en el capítulo anterior.

Para la reunión del cónclave se eligió el décimo piso del Vaticano, que los frescos de Rafael habían hecho célebre.

La elección se realizaría en la Sixtina luego de una serie de preparativos y ceremonias propias del acto, el 10 de marzo, después de la lectura en voz alta de la severa bula de Julio II contra una elección simoníaca; el resultado del escrutinio no podía hacerse esperar largo tiempo, pudiéndose ver luego que las diversas negociaciones hechas por las partes no habían llegado a nada satisfactorio.

El mayor número de votos, 14, lo obtuvo uno de los más viejos cardenales, el español Serra; nadie pensó seriamente

(1) Pastor, *op. cit.*, tomo VII, cap. I, pág. 9 y sig.

en la elección de este compatriota de Alejandro VI; le sigue Leonardo Grasso de la Rovere, con 8 votos; Accolti y Bakoetz, con 7; Fuschi y Vivale, con 6, etc.

Los partidarios de Juan de Médicis se cuidan de cualquier maniobra (1).

En la mañana del 11 de marzo se procede a un escrutinio regular, al final del cual el hijo de Lorenzo el Magnífico fué elegido papa.

Los partidarios de Juan de Médicis habían tenido la habilidad de mantener su candidatura en secreto hasta el momento oportuno.

La objeción que se podía hacer a la elección de Juan de Médicis era su gran juventud. Pero lo que lo recomendaba sobre todo era el nombre ilustre de su familia, su notable aptitud sobre Julio II, su oposición a Francisco, su amor a la paz, sus condiciones personales.

Los jóvenes cardenales tenían confianza en su bondad y en su espíritu conciliador.

En estos tiempos que estudiamos, los motivos políticos tenían cierta preeminencia sobre los de otra índole, y en cuanto a la elección de Juan de Médicis, tales motivos debieron existir indudablemente. Se esperaba que dominando en Florencia sería suficiente para oponerse a España y a Francia, las dos grandes potencias que combatían para dominar a Italia y por la supremacía de Europa.

La opinión más o menos unánime fué que la elección del nuevo papa estaba exenta de vicios.

Juan de Médicis toma el nombre de León X, como sólo era diácono, primeramente fué ordenado presbítero el 15 de marzo de 1513, el 15 fué consagrado obispo y recién el 19 ciñó la tiara pontificia, a la edad de 38 años.

(1) Pastor, *op. cit.*, tomo VII, cap. I, pág. 9 y sig.

El embajador de Alemania escribió, a raíz de su elección : « Este papa León será más manso que una oveja, más hombre de paz que león fiero » (1).

Más adelante veremos si este juicio era o no acertado.

Protección a las artes y política de León X

La era en que actúa León X recibe su nombre. Erasmo, que ve al papa en Roma en 1507 y 1509, pondera su afabilidad y amabilidad, su erudición, su amor a la paz y a las bellas artes; le coloca sobre todos los que le precedieron, de la misma manera que la cátedra de San Pedro se halla sobre todos los tronos del mundo.

Sarpi dice : « León, noble por nacimiento y por educación, aportó al papado muchas aptitudes, especialmente un conocimiento acabado de las letras clásicas, humanidad, bondad, una liberalidad extraordinaria, una intención resuelta de proteger a los artistas y hombres de letras que desde muchos años no habían merecido tanto favor de la Santa Sede » (2).

La opinión favorable que a sus contemporáneos mereció León X, ha pasado al campo de la historia, en el cual ha rayado a considerable altura. En su reinado se ve el cénit y la causa del período más glorioso del Renacimiento. Su liberalidad sin tasa, su entusiasmo sincero por las concepciones del genio, su gusto por todas las bellezas de la humanidad, su simpatía por la cultura de su tiempo, han sido el tema de un coro de elogios tradicionales.

Estudios críticos más recientes han señalado en el reinado de León un período de decadencia atribuido a las fragilida-

(1) *Historia del Renacimiento*, por J. Pérez Hervás, tomo I, pág. 224.

(2) *Historia del mundo en la Edad moderna*, tomo III, cap. I, pág. 41 y sig., por F. X. Kraus.

des del papa. Quizá sean más discutibles los procedimientos políticos de León X que, ciertamente, no han merecido opinión favorable tan unánime. Algunos han visto en él al amigo parcial y poco escrupuloso de la Florencia de los Médicis, dispuesto a sacrificar los intereses del papado al engrandecimiento de su familia.

Para otros fué el estadista ansiado que, previendo los cambios futuros y dificultades que habían de salir al paso de la Iglesia, buscó para el papado el firme sostén de una alianza hereditaria.

Quizá resulten exagerados ambos juicios.

Fueron cualidades sobresalientes de León X la dulzura, la delicadeza y genialidad, la indulgencia para sí y para los demás, el amor a la paz y el temor a la guerra. Cualidades tan hermosas viéronse empañadas por falta de sinceridad.

No debemos perder de vista que la política de paz de León fué mera ilusión.

El borrón que se destaca con más fuerza en su carácter personal es el consiguiente a haber pasado la vida entregado a los placeres intelectuales y a los goces de la montería y cetrería, mientras el norte teutónico desataba y hacía pedazos los vínculos de reverencia y autoridad que ligaban a Europa con Roma. No es ello de admirar, pues hasta para restaurar a los Médicis en Florencia se limitaron las papas de esta familia a algunos esfuerzos insignificantes y fútiles.

León X se había asimilado a la cultura de su tiempo, pero a las dotes brillantes que le distinguían no supo reunir la habilidad de traspasar con sus miradas los senderos de su época. Diplomático más que estadista, sus creaciones se redujeron a proezas de un genio político que sacrifica lo futuro a trueque de ser dueño del presente.

Un retrato suyo, obra de Rafael, le presenta de rostro inteligente, pero frío y siniestro.

La dureza y violencia del predecesor de León X, Julio II, « más grande a nuestro entender que él » (1), le acarrió el odio de sus contemporáneos y atrajo sobre su sucesor una popularidad inmensa, sin necesidad de que el interesado hiciera grandes esfuerzos.

Al subir León X al solio pontificio, encontró en ejecución grandes edificios públicos que, principiados en tiempo de Julio II, no estaban terminados todavía. Mencionaremos entre ellos el palacio colosal proyectado por Bramante en la Vía Julia y su obra encaminada a unir el Vaticano con el Belvedere, además de las *loggie* y los edificios de Loreto. León X, que no sentía pasión por edificar, deja estas obras en suspenso. Únicamente se terminaron las *loggie* porque era imposible que continuasen en el estado que Bramante las había dejado.

« Si se hubiese preguntado a León X qué le hacía más feliz, habría señalado al grupo de artistas y poetas que le rodeaban, y si se le hubiese apremiado a señalar al que entre todos más apreciaba, habría contestado : Bibbiena » (2).

Bibbiena había estado al servicio del hermano de León X, Pedro de Médicis, a quien había representado en calidad de embajador cerca de Luis el Moro.

León X le llama por su talento a su corte y le nombra en 1513 cardenal. Bibbiena era amigo de brillantes reuniones, donde concurrían las notabilidades artísticas y literarias que vivían en Roma.

De todas sus obras, la más célebre es la *Calandra* que, aunque escandalosa, es considerada en Italia como la primera comedia formal y artística del teatro nacional.

Pedro Bembo, Jacobo Sadoletto, Pedro Pompanazzi eran

(1) F. X. Kraus, *op. cit.*, pág. 45. Nosotros en este punto participamos de la opinión del autor citado.

(2) José Pérez Hervás, *op. cit.*, pág. 225 y sig.

otros escritores de la época de León X que descollaron, especialmente el último, quien conmovió con una obra sobre la inmortalidad del alma.

No podemos entrar en mayores detalles en lo que concierne a las artes, ya que no es de nuestro tema hacerlo. Digamos solamente que, si bien son grandiosos los resultados del impulso que dió a las artes y letras, no lo fueron sus liberalidades para con la hueste de literatos que le molestaban con sus versos y súplicas; y, cabalmente, por ser contados sus actos de magnificencia en este ramo, se han celebrado más que lo ocurrido con los otros protectores que le precedieron. Villari dice, referente a la política de León X, que « fué un caos donde no se encuentra un hilo conductor, porque ningún principio le guía; tampoco de la revolución religiosa de Lutero supo formarse un criterio claro. El fácil imaginar que esta política resultaría funesta para Italia » (1).

Otros autores dicen que León fué « gran político » (2). « Nadie le superaba en habilidad para ocultar sus manejos, negociaciones y alianzas, ni en ganar tiempo y eludir compromisos mientras las circunstancias se presentaban enredadas y los resultados inciertos, ni encerrar con dos o más bandos para que después uno u otro compraran con grandes sacrificios la rescisión del pacto por no arrostrar pérdidas mayores. »

Julio II había liberado a Italia de los franceses, pero no por esto dejó de ser la península la palestra donde alemanes, españoles y los magnates italianos trataron de saciar su ambición de ensanchar sus respectivos dominios.

Procuró la paz entre Luis XII y Maximiliano, pero no pudo impedir la guerra que terminó con la derrota de los franceses y venecianos.

(1) *Niccolo Machiavelli e i suoi tempi*, por P. Villari, tomo III, pág. 7.

(2) José Pérez Hervás, por ejemplo.

Al invadir Francisco I, en el año 1515, el ducado de Milán, se alió al emperador y al rey de España; pero la victoria francesa de Marignan lo hizo entrar en negociaciones con Francisco I.

En esta conferencia, además de asuntos políticos, se trató un concordato aprobado en el concilio de Letran, por el cual el rey renunciaba a la pragmática de Bourges y adquiría el derecho de nombrar obispos y abades con la confirmación del pontífice.

No podemos dejar de mencionar la conjuración tramada contra la vida de León X, por los cardenales Petrucci y Soli, la que fué descubierta, y Petrucci condenado a la horca.

León X no pudo evitar que Italia continuara siendo el campo donde dirimían sus diferencias los Valois y los Habsburgos, representados respectivamente por Francisco I de Francia y Maximiliano, emperador de Alemania y después de él, Carlos V.

Francisco I no fué mucho tiempo dueño de Italia, ya que pronto su predominio se disputó por el de Carlos V, no solamente en Italia, sino también en Roma, lo cual equivalía a ser dueño de la influencia del papado y valía más que un aumento de territorio.

La lucha entre ambos soberanos duró cinco años, hasta que finalmente quedó dueño de la situación Carlos V.

Este firmó alianza con el papa el 8 de mayo de 1521, dirigida primero contra Francia y en el fondo con la mira, probablemente, de volver a crear un imperio universal y una alianza contra los demás soberanos y contra los pueblos y religiones disidentes. Al mismo tiempo prometía al pontificado un aumento de territorio.

Ese mismo día se declara fuera de ley a Lutero.

De la incansable pluma de Lutero habían flúido escritos de polémicas que inundaban al mundo y se leían con avidez.

Tres de esos escritos merecen destacarse : *La libertad del hombre cristiano*, *A la nobleza cristiana de la nación alemana a propósito de la reforma de la república cristiana*, y *Sobre el cautiverio babilónico de la Iglesia*.

En uno de sus libros sobre *La cautividad en Babilonia*, Lutero sometió el complicado sistema sacramental de la Iglesia romana, a una crítica de investigación, la cual hace ver que la curia romana ha tenido aherrojada a la Iglesia de Dios por medio de tradiciones humanas que oscurecen y confunden los mensajes y palabras consignadas con luz meridiana en la palabra de Dios.

Se declara en favor del matrimonio de los clérigos y afirma que el divorcio es legal en algunos casos.

En otros escritos, Lutero mostrábase enérgico y decidido, y León termina por excomulgarle.

Silvestre Prioria, una de los más fanáticos y más devoto de la corte de León X, siempre dispuesto a romper lanzas por su señor y el pontificado en general, le defendió en disputas y controversias, como lo hizo con Lutero y Reuchlin; pero la controversia con Reuchlin tuvo por consecuencia destruir en las personas instruídas la autoridad del papa y de sus ministros, y la reforma religiosa arrebató definitivamente a la Iglesia romana, Alemania y gran parte de Europa. León X estaba muy lejos de vislumbrar estas consecuencias.

Su muerte, acaecida el 1º de diciembre de 1521, le sorprendió en lucha contra la revolución de la Iglesia, que debía producir la división del mundo cristiano.

José N. Sobimeí. Juan Enrique Coronas.